

El progreso de la ciencia política

*John S. Dryzek**

Introducción

El progreso científico es normalmente descrito como una serie de elecciones estables y racionales entre teorías rivales, programas de investigación o tradiciones de investigación al interior de una disciplina. Un progreso de esa clase no puede ocurrir en la ciencia política porque cualquier comparación entre tradiciones de investigación puede ser viable sólo en el contexto de un grupo de problemas empíricos socialmente determinados. Los politólogos tienen una postura respecto a esta definición, pero también tiene una la sociedad más amplia en que la ciencia política está inmersa. La racionalidad de cualquier elección entre tradiciones de investigación es, en consecuencia, históricamente contingente. Así, el progreso de la ciencia política puede ser reconceptualizado como una creciente capacidad para salir adelante con la contingencia presente en sus problemas empíricos.

La marca distintiva de la ciencia es el progreso: una creciente habilidad para explicar y conectar fenómenos complejos. El progreso en la ciencia, como en cualquier otra indagación intelectual, implica racionalidad. La racionalidad, en este contexto, es entendida como la elección entre explicaciones rivales, teorías o sistemas teóricos basados en buenas razones cognoscitivas. Las buenas razones cognoscitivas pueden adoptar diversas formas: capacidad de resolver problemas, éxito predictivo, consistencia, simplicidad y otras por el estilo. Así, una pistola en la cabeza puede ser una buena razón para entregar nuestra billetera o profesar adhesión a una teoría, pero no constituye una buena razón cognoscitiva.

* Traducción: Olga Karina Sánchez Hernández. Revisión técnica: Víctor Alarcón Olguín.

La posición central que ocupan la racionalidad y el progreso en ideas aceptadas sobre la ciencia podría explicar por qué el espectro de relativismo surgido a raíz de la descripción de Kuhn (1962) sobre las revoluciones científicas fue tan alarmante. Kuhn afirma la inocencia del relativismo (ver, por ejemplo, Kuhn, 1970:259-266); pero tanto sus admiradores (como Feyerabend, 1970) y sus detractores (entre los que destacan Lakatos, 1970; y Popper, 1970) han argumentado que Kuhn describe a la ciencia no como racional ni progresiva. El espectro se ha enterrado en su mayor parte (ver Bernstein, 1983:51-108), pero solamente después de una considerable modificación en los conceptos de racionalidad y progreso. Mi propósito en el presente trabajo es preguntar, a la luz de esta modificación vertida por Laudan (1997) si la ciencia política puede ser racional y progresiva. Mi respuesta, expuesta de la manera más simple, es que la disciplina no puede progresar en el sentido entendido actualmente por los filósofos de la ciencia, pero que puede ser racional. En las manos de Laudan, el progreso científico y la racionalidad son equiparables. En contraste, el progreso y la racionalidad en la ciencia política resultan separables.

El progreso en una disciplina científica, como generalmente se entiende, consiste en una serie de elecciones racionales definitivas y estables entre “tradiciones de investigación” o “programas de investigación”. También se pueden hacer comparaciones racionales entre tradiciones de investigación en la ciencia política. Pero cualquier comparación que se haga debe ser contingente en relación con el contexto social, mayormente externo a la disciplina, que define los problemas empíricos para la investigación política. La variabilidad histórica en este contexto significa que las tradiciones de investigación pueden caer sólo para levantarse nuevamente de forma racional. De aquí que el progreso, como es entendido normalmente, no pueda ocurrir. Sin embargo, el progreso en la ciencia política puede ser reconceptualizado como una creciente habilidad para salir adelante con la contingencia presente en sus problemas empíricos. Esta reinterpretación conlleva implicaciones directas en la conducción de la investigación política. En particular, es esencial la tolerancia frente a la diversidad en las tradiciones de investigación para el progreso de la disciplina.

Concepciones del progreso

En la visión tradicional, la ciencia progresa por acumulación.¹ Las teorías son formuladas, verificadas y después añadidas a las reservas acumuladas de teoría verdadera.

¹ Esta visión pertenece en gran medida a una visión positivista de la ciencia. Ver Riker (1982) para una aplicación a la ciencia política.

La visión tradicional del progreso científico ya ha sufrido suficiente a manos de Popper (ver, especialmente, Popper, 1959) como para emitir superfluamente cualquier corrección que pudiera añadir. El progreso, en palabras de Popper, consiste en una sucesión de teorías tentativas con contenidos cada vez más confirmados. Las teorías nunca pueden ser verificadas o confirmadas de manera concluyente, solamente falseadas. Las teorías son corroboradas en la medida en que resisten y sostienen su explicación a través de repetidas pruebas. La “falsación” es un acto progresivo que deja a su paso una serie de problemas que demandan solución, la cual sólo puede ser conseguida por alguna teoría nueva o mejor.²

Un acercamiento al progreso en la ciencia política en términos distintos de los tradicionalistas o “popperianos” requiere algunas distinciones sutiles entre diferentes clases de progreso. Permítaseme clarificar tres sentidos en los cuales utilizaré el término “progreso”: en el presente trabajo, el progreso que atañe a una disciplina está referido como *progreso global*. El progreso al interior de una tradición de investigación, por sí mismo al interior de una disciplina, es llamado *progreso interno*. Y la reinterpretación del progreso como la capacidad para lidiar con la contingencia es denominado *progreso lateral*.

La objeción de Kuhn a ambas concepciones de la ciencia —tradicional y popperiana— está basada en un argumento donde señala que los fenómenos empíricos se autointerpretan a través del lente del mismo paradigma, el que a su vez contiene un cierto número de teorías por ser probadas. El análisis de Kuhn sugiere una conceptualización más compleja del progreso en la ciencia. Primero que nada, Kuhn afirma que el progreso de la preciencia a la ciencia ocurre con la articulación y el fortalecimiento de un paradigma. Algunos científicos de la política han rescatado esta idea para sostener que la creciente profesionalización de la disciplina es un indicador de su progreso (ver, por ejemplo, Almond, 1966).³ Segundo, el progreso al interior de un paradigma establecido puede ser claro e inequívoco. Los investigadores simplemente resuelven los problemas que el paradigma define como interesantes. ¿Pero qué hay del progreso global en la concepción de ciencia manejada por Kuhn?

Sus críticos, notablemente Lakatos (1970) y Popper (1970), reclaman que las creencias de Kuhn sobre los paradigmas son completamente inconmensurables e incomparables. De aquí que cualquier elección entre paradigmas no es más que un asunto irracional de la “psicología trivial” de la comunidad científica (Lakatos,

²Una “falsación” exitosa puede también indicar qué partes de una teoría necesitan reformulación e indica los problemas pendientes que cualquier versión posterior de una teoría debe resolver.

³Para una idéntica aplicación en las ciencias políticas, ver Schneider, Stevens y Tornatzky (1982).

1970:178). En esta interpretación, Kuhn no admite ninguna sucesión progresiva de paradigmas. Kuhn alega que los criterios de exactitud, simplicidad, utilidad, alcance y consistencia pueden ser aplicados a la comparación racional de paradigmas. Pero incluso uno de los más articulados defensores de Kuhn admite, en este punto, que Kuhn ha fallado al intentar clarificar el estatus epistemológico de estos criterios, dejando a un lado los detalles sobre cómo deberían ser exactamente aplicados cuando los paradigmas compiten (Bernstein, 1983:58). Kuhn ha envuelto el progreso y racionalidad en una nube de ambigüedad; la salida más clara de esta nube de humo ha sido proyectada por Lakatos (1970) y Laudan (1977). Estos dos autores siguen a Kuhn en su idea de aceptar la existencia de paradigmas-análogos, denominados “programas de investigación” (Lakatos) o “tradiciones de investigación” (Laudan). Pero al igual que Popper, ellos especifican criterios claros y generales para elegir entre programas o tradiciones. Aquí, la elección racional consiste en determinar cuál de entre un grupo de programas o tradiciones en competencia es más progresivo internamente.⁴ Para Lakatos, el progreso interno consiste en una sucesión de teorías con creciente poder de explicación. Para decirlo más formalmente: el paso de la teoría T1 a la teoría T2 es progresiva si *a*) T2 predice un mayor número de hechos que T1, *b*) T2 puede dar cuenta de todos los éxitos explicativos previos de T1, y *c*) algunas de las predicciones que incorpora T2 son corroboradas empíricamente. Para Laudan, el progreso interno ocurre cuando se resuelven con éxito problemas de importancia. Estas comparaciones entre programas o tradiciones son esencialmente dinámicas y están basadas en el nivel de cambio teórico o resolución de problemas antes que en la suficiencia explicativa momentánea. Para ambos autores —Lakatos y Laudan— el progreso global en una disciplina, en oposición a un programa o tradición dentro de una disciplina, existe en la medida en que ocurre la elección racional entre o a través de programas o tradiciones. Así, por ejemplo, en el campo de la física, la racionalidad de la teoría de Einstein reemplaza a la de Newton, la racionalidad de Copérnico suplanta en el terreno de la astronomía a la de Ptolomeo, y las posturas neodarwinianas actualmente contienden por el predominio en el campo de la biología evolucionista. El progreso interno de una tradición de investigación y el progreso global que ocurre en una disciplina son cuestiones conceptualmente distintas, pero relacionadas lógicamente.

¿Qué tan aplicables son los patrones desarrollados por Lakatos y Laudan a la ciencia social en general, y a la ciencia política en particular? Una mirada superficial

⁴ Este criterio es claramente más normativo para Laudan que para Lakatos, quien a menudo parece más interesado en la evaluación de la historia científica que en los principios de la elección actual para los profesionales de una disciplina.

a nuestra disciplina revela un sinnúmero de perspectivas teóricas reales. Pero esta proliferación puede constituir una causa de preocupación: ¿por qué nosotros, a diferencia de los científicos naturales, fallamos en distinguir un mayor número de enfoques como degenerativos y descartarlos como tales? ¿Podría ser el caso, tal como lo señalan algunos admiradores de la ciencia natural, que las ciencias sociales son en efecto “inmaduras”? ¿No contienen nuestras múltiples perspectivas y acercamientos programas de investigación o tradiciones de investigación verdaderos y bien definidos que nos provean de material para hacer comparaciones racionales y elecciones progresivas?

En el siguiente apartado argumentaré que la ciencia política es, en efecto, hogar de tradiciones que merecen ser llamadas así. Sin embargo, mi tesis afirma que hay una diferencia fundamental entre las metas de la ciencia social y la natural, al menos en el sentido en que estas elecciones son hechas en las ciencias naturales. Esta diferencia es inherente a la naturaleza de los problemas que confrontan la ciencia natural y la ciencia social, no en una pretendida inmadurez de la ciencia social. En pocas palabras, los problemas que enfrentan las dos actividades están abiertos a una definición afuera de la propia comunidad científica en formas cualitativamente distintas.

Programas y tradiciones de investigación en la ciencia política

Moon (1975) y Ball (1976) creen que los principios de Lakatos pueden ser usados para comparar programas de investigación dentro de la ciencia política, esencialmente en forma similar a la que ocurre en la ciencia natural.⁵ Sin embargo, es claro que ninguna de las principales perspectivas existentes en la ciencia política incorpora efectivamente los criterios de un programa de investigación exitoso en términos de Lakatos. Esto es, ninguna de estas perspectivas ha producido una sucesión de teorías con creciente capacidad empírica de explicación, con cada teoría incorporando a su predecesor en la sucesión y prediciendo hechos novedosos. Por otra parte, existe muy poco en la ciencia natural que se apegue a los estrictos requerimientos de Lakatos (ver Grünbaum, 1976; Laudan, 1977:77). Por consiguiente, lo restante del presente ensayo dejará a un lado a Lakatos, y empleará, en cambio, el análisis más liberal de Laudan como punto de partida.

⁵ Quizá tomando al pie de la letra lo dicho por Moon y Ball, algunos politólogos han usado los criterios de Lakatos para justificar sus propios programas de investigación. Ver, por ejemplo, Goodin y Dryzek (1980:274-275) y Bueno de Mesquita (1984).

Para Laudan (1977:81), “una tradición de investigación es un conjunto de premisas generales sobre las entidades y procesos en un campo de estudio, y sobre los métodos apropiados por ser usados para investigar los problemas y construir las teorías en ese campo”. Si dicha perspectiva es referida como tradición de investigación, requerirá por consiguiente tres elementos esenciales: fundamentos ontológicos (por ejemplo, principios para el reconocimiento de entidades y correspondencias reales), principios metodológicos y un número dado de teorías (ver Laudan, 1977:78-79). Si dicha tradición de investigación puede mantenerse por su propio derecho, este conjunto de elementos no debe ser completamente compartido con ninguna otra tradición de investigación.

En el sentido que Laudan otorga al término, hay, en efecto, tradiciones de investigación en las ciencias sociales. El propio autor se remite al marxismo, la psicología conductista, la psicología freudiana, la cibernética y la economía capitalista. Los ejemplos usados en lo sucesivo en el presente ensayo provienen de tradiciones de investigación en el sentido propuesto por Laudan y no de meras “perspectivas” o “acercamientos”. Donde considere necesario, su condición como tradiciones de investigación será justificada con notas a pie de página describiendo su ontología, metodología, teorías y su especificidad.

Ya establecido que la ciencia política puede, en efecto, reclamar la posesión de verdaderas tradiciones de investigación, retornemos al punto de apoyo del argumento: la diferente índole de problemas que aborda la ciencia natural y la ciencia social.

Carácter y fuente de problemas

Problemas en las ciencias naturales

La esencia de la actividad científica es resolver problemas.⁶ Los filósofos de la ciencia más contemporáneos pueden estar de acuerdo sobre esto tanto como disienten respecto a mucho más.⁷ Laudan advierte que los problemas pueden ser de dos clases:

⁶ Como Agre (1982:121) lo maneja, “Estudiar y resolver problemas ha sido ampliamente entendido en la América del siglo xx como el principal medio por el que progresan la ciencia, la tecnología, la filosofía, la educación y la sociedad democrática”.

⁷ Por contemporáneo aquí me refiero a “postempirista”. La idea de que la ciencia es esencialmente una actividad que implica resolución de problemas es compartida por Kuhn, Popper, Lakatos, Laudan

empíricos y conceptuales. Un problema empírico es “cualquier cosa sobre el mundo natural que nos afecta accidentalmente, o de otro modo y que requiere explicación” (Laudan, 1977:15). Cualquier otra clase de problema es conceptual. Existe un problema conceptual si una teoría es internamente inconsistente, si emplea categorías analíticas vagas, si tiene dificultad en especificar cómo deben hacerse las mediciones empíricas, o si tiene conflicto con alguna otra teoría que se cree que está bien fundamentada (Laudan, 1977:49).

Por tanto, el progreso interno para Laudan radica en la resolución de problemas empíricos y conceptuales por los especialistas de una tradición de investigación. Por ejemplo, el progreso interno en la astronomía de Copérnico consiste en pasos tales como la consideración de anomalías aparentes en el movimiento de los planetas, pero también en su finalmente exitosa contienda contra la visión religiosa que aducía que la Tierra era el centro de todas las cosas. No todos los problemas son de igual importancia. Pueden ser sopesados racionalmente, cualitativamente, por factores como su generalidad, la medida en que han sido resueltos por otras tradiciones de investigación y, en todo caso, si son o no expropiados desde o hacia otro campo de investigación.

Los problemas conceptuales de conflicto con una teoría supuestamente bien fundamentada dejan abiertas preguntas concernientes a los orígenes de cualquier teoría; en consecuencia, invitan a la determinación social o cultural de los problemas que confronta la investigación en la ciencia natural. Esta clase de problema conceptual puede surgir desde fuentes externas a la comunidad científica. Por ejemplo, las investigaciones de Einstein en sus años tardíos eran llevadas a cabo por su creencia de que “Dios no juega a los dados con el universo”. La geología anterior al siglo XIX tuvo que arreglárselas con el problema planteado por la Biblia: ¿cómo puede ser ajustada la historia geológica en un periodo de tiempo menor a los cinco mil años? La biología darwiniana ha encontrado resistencia por parte de la ortodoxia marxista y también de la cristiandad fundamentalista estadounidense. Y las teorías biológicas que pronostican diferencias interraciales en inteligencia ofenden a las sensibilidades igualitarias liberales.

Así, los problemas conceptuales de la ciencia natural que se desprenden de inconsistencias entre visiones del mundo en pugna pueden originarse afuera de la comunidad científica. ¿Pero qué hay de los problemas empíricos de la ciencia natural?,

y otras luminarias de la filosofía de la ciencia. Históricamente los pragmatistas como Dewey, Pierce y James compartían esta noción. Los positivistas lógicos disientían, acentuando en cambio la explicación de conexiones lógicas entre teoría y observación.

¿pueden tener también fuentes externas? Llegados a este punto, se debe distinguir entre la ciencia natural experimental y de observación.

La ciencia natural experimental (ejemplificada en la física y química) es inmune en gran medida a la influencia externa en sus problemas empíricos y, por esa razón, también lo es respecto a problemas conceptuales de inconsistencia interna, medición e imprecisión en sus categorías analíticas. La formulación, ponderación y disolución de problemas empíricos reside en la lógica de una tradición de investigación o en la rivalidad entre tradiciones de investigación. De manera más fundamental, los problemas empíricos surgen a partir del éxito o fracaso de teorías en una tradición o en una tradición rival.⁸ Los problemas empíricos en la ciencia natural de observación (tales como la astronomía, paleontología y biología evolucionista) generalmente surgen de la misma forma en que ocurre en la ciencia natural experimental. Sin embargo, la puerta está abierta a la influencia externa de eventos naturales como el arribo de un cometa, un colapso ecológico o la evolución de una nueva forma de vida. A lo anterior se añaden eventos humanos que pueden tener el mismo efecto, como el descubrimiento de una nueva clase fósil u objeto celeste.

Así, la ciencia natural de observación no es totalmente inmune a la influencia externa en el contenido de sus problemas empíricos. No obstante, tanto en ciencia natural experimental como en la de observación, la comunidad disciplinaria relevante estima la formulación, ponderación y disolución de problemas empíricos como cuestiones propiamente de criterio para los especialistas de la disciplina, y nadie más. En consecuencia, la historia de una ciencia natural está sujeta a una reconstrucción que elimina la influencia externa (ver Lakatos, 1971).⁹

Esta inmunidad general a la definición externa de problemas empíricos aplica en tanto que la ciencia se apegue a su móvil tradicional: una genuina curiosidad respecto al universo (Laudan, 1977: 224-225). No obstante, si los límites entre ciencia y tecnología se tornan difusos, como puede estar pasando en la biología genética contemporánea, entonces esta inmunidad se va a perder. En ese caso, los problemas empíricos de la ciencia natural van a asemejarse en algunas cuestiones importantes a los problemas empíricos de la ciencia social, hacia cuyo carácter retornaremos ahora.

⁸ Cualquier éxito de una teoría puede dejar en su seno tantos problemas como lo haría un fracaso, por ejemplo, el sinnúmero de problemas abiertos por los éxitos iniciales de la astronomía de Copérnico.

⁹ Lakatos (1970) cree que una ciencia puede ser considerada como natural en la medida en que sea inmune a las influencias externas.

Problemas en las ciencias sociales

Las ciencias sociales también están interesadas en resolver problemas, que pueden, una vez más, ser divididos dentro de las categorías conceptuales y empíricas propuestas por Laudan. Sin embargo, hay algunas diferencias importantes entre los problemas que confronta la ciencia natural y aquellos que confronta la ciencia social. Antes de abordar la índole de esas diferencias, revisaremos dos rasgos presentes en la ciencia social que prueban ser insuficientes para diferenciarla de la ciencia natural.

Primero, la cuestión de la complejidad es insuficiente para justificar cualquier diferencia metodológica sustancial. Los fenómenos sociales y políticos son, en efecto, complejos, e incorporan componentes teleológicos tales como las mentes humanas y los fines de la acción, lo que añade variabilidad a las interacciones en los sistemas que estudiamos. Pero muchos fenómenos naturales, por ejemplo, los ecosistemas, también son complejos. Un ecosistema igualmente presenta suficientes propiedades emergentes a niveles más altos de organización como para requerir que el análisis proceda como si tuviera elementos teleológicos (ver Pattern y Odum, 1981). La complejidad puede añadir un grado de dificultad a la aprehensión de problemas políticos y sociales, pero eso no los hace distintos respecto al tipo de problemas de la ciencia natural.

Segundo, sólo existen diferencias de grado en la constitución de problemas conceptuales en la ciencia social y la natural. Las influencias de alcance global son quizá más tendientes a emerger en las ciencias sociales gracias a la capacidad de penetración de las ideologías políticas de distintos tipos dirigidas hacia el mismo asunto, especialmente en el campo de la ciencia política (ver, por ejemplo, Diesing, 1983). Todavía no existe argumento de principio, aun cuando puede ser más difícil en la práctica, que explique por qué la ciencia social deba ser más susceptible a las fuerzas ideológicas que la ciencia natural. Los análisis marxistas o de elección pública pueden toparse con críticas ideológicas, pero también puede pasar con la biología darwiniana o la ecología marina de los mamíferos. Por consiguiente, el carácter especial de los problemas que enfrenta la ciencia social debe ser buscado en otra parte.

El rasgo distintivo que coloca a la ciencia social aparte, es que sus problemas empíricos son, en gran medida, contruidos, ponderados, mantenidos, cambiados y disueltos por fuerzas sociales externas a la comunidad disciplinaria.¹⁰ Esta influencia social externa en la definición de problemas empíricos no constituye un defecto o una

¹⁰ Kuhn (1962) reconoce fuerzas sociales en la definición de problemas, pero sólo internamente, dentro de la comunidad científica.

cuestión irracional de moda o capricho, así como tampoco introduce razones no cognitivas en la elección de tradiciones de investigación. En cambio, dicha influencia está enraizada en el hecho de que las condiciones y problemas sociales que requieren explicación o entendimiento cambian con el tiempo. Cambios de este tipo afectan el contenido de los problemas empíricos que enfrentan los politólogos.

Se puede argumentar que las ciencias sociales son susceptibles a la influencia externa en sus problemas empíricos simplemente porque son en su mayor parte ciencias de observación antes que experimentales. La ciencia natural de observación está sujeta a similares, si bien mucho menos violentas, fuerzas externas como lo vimos en la sección anterior. Sin embargo, el punto crucial no es la “externalidad” como tal, sino el hecho de que la constitución y redefinición de los problemas empíricos de la ciencia social estén mediados socialmente. Esto es, las percepciones de la sociedad (no sólo las percepciones de una comunidad disciplinaria) sobre lo que es interesante, deseable y no deseable en las condiciones sociales son históricamente cambiantes. Los problemas empíricos que tienen origen en el cambio tecnológico y social pueden ser, y son, mediados por la opinión pública, las actividades de grupos de interés y las prioridades de los liderazgos políticos. Distinto de lo que pasa en el caso de los cometas o los fósiles recién descubiertos, los nuevos problemas empíricos de la ciencia social pueden estar constituidos por agentes que son materia de investigación en la ciencia política.

No es que la comunidad que define los problemas empíricos esté separada de o sea externa a la comunidad disciplinaria, pero también que la disciplina constituye parte de esta más vasta sociedad. Los politólogos no se encuentran fuera del mundo social que constituye su objeto de estudio; ellos son al mismo tiempo observadores y participantes en este mundo.¹¹ Como participantes en el mundo social, los científicos sociales pueden jugar un papel en la definición de problemas empíricos por la sociedad y la política. Considérese por ejemplo, la extendida influencia de la llamada “economía del lado de la oferta”. Como administradores académicos y consejeros en fundaciones de investigación, pueden mediar la forma en que estos problemas llegan a la agenda de investigación de la disciplina. Como buscadores de soporte financiero, pueden acentuar la relevancia de su investigación a los problemas de la sociedad o hacia los problemas de aquellos quienes controlan y disponen del dinero (*cf.* Ball, 1983:147-149).

¹¹ Esta condición es una instancia de “reflexibilidad” en la ciencia social, bajo la cual el investigador y sus actividades pueden ser a la vez objeto de investigación.

Incluso su papel especial como observadores de la vida política no logra colocar a los politólogos aparte de una comunidad mayor. Como observadores, los politólogos se asemejan a otros agentes en su adhesión a la acción sobre teorías respecto al mundo social. No son inmunes a las sorpresas empíricas que a menudo este mundo hace saltar sobre sus miembros (ver MacIntyre, 1973). Los actores políticos al igual que los científicos sociales, son solucionadores de problemas y ambos grupos enfrentan problemas nuevos en el curso de sus vidas. La vida de los politólogos es especial sólo en el sentido de que su originalidad viene en forma de “metaproblemas”. Esto es, se requiere que expliquen situaciones enfrentadas y constituidas por agentes que están a su vez comprometidos en resolver determinados problemas (Popper, 1972:177).

En esta coyuntura, cualquier límite puesto entre lo que se considera “externo” e “interno” en la definición de problemas empíricos se vuelve sumamente borrosa. Las dos influencias son en realidad aspectos de un mismo proceso. Esta situación representa una gran diferencia respecto a la ciencia social, sea experimental o de observación.

Las percepciones de los propios científicos sociales mientras ven la BBC o leen el *New York Times* pueden por supuesto afectar a la definición más precisa de los problemas empíricos. Por ejemplo, para Keynes (1936) el equilibrio en una economía de mercado en condiciones menores al pleno empleo es un problema empírico que requiere de explicación. Para los economistas clásicos y modernos librecambistas como Hayek y Friedman, un equilibrio tal no existe y por tanto no puede existir; en consecuencia los problemas empíricos que necesitan resolver son diferentes. Empero, la esencia de los problemas empíricos formulados por un evento como la Gran Depresión, tal como fue interpretado por la sociedad, no puede seguir siendo ignorada, aun cuando los detalles son presentados de diferente manera por los keynesianos y los antikeynesianos. Los científicos sociales tienen una postura en la definición de sus problemas empíricos, pero también el resto de la sociedad, también la tienen la realidad de eventos tales como una depresión, una estanflación o una revolución.

Debe ser señalada una última diferencia entre los problemas empíricos de la ciencia social y la ciencia natural. Un problema empírico de la ciencia natural sólo puede ser disuelto por su solución o apropiación por otra tradición de investigación. En contraste, los problemas empíricos de la ciencia social pueden ser disueltos por fuerzas sociales, como aquellas que barrieron a las monarquías absolutas del mundo industrial.¹²

¹² Farr (1982: 698-699) hace un señalamiento similar respecto a los limitados tiempos de vida y cambiantes dominios de los conceptos políticos.

Los cambiantes problemas empíricos en la ciencia política

Numerosos ejemplos pueden ayudar a clarificar la manera en que están determinados los problemas empíricos en la ciencia política. Estos ejemplos y los que siguen en lo restante de este ensayo deben ser considerados más como reconstrucciones racionales que como historia verídica.¹³

1. El comienzo de un orden de mercado en la sociedad, a lo que Karl Polanyi se refiere como “la gran transformación”, abre el horizonte a un nuevo conjunto de problemas empíricos. Por ejemplo, ¿cómo se explica la estabilidad, coordinación y ciclos que caracterizan a los sistemas de mercado? ¿Con qué clase de sistema político tiende a estar asociado un mercado? ¿Un orden de mercado requiere algún tipo particular de organización política? Con el tiempo, la existencia del mercado, unida quizá a los cambios en los valores relativos que la sociedad atribuye a los bienes privados y públicos, podría dirigir la atención hacia fenómenos empíricos como las externalidades.
2. La tranquilidad política doméstica estadounidense presente en los cincuenta y sesenta produjo un interés en varios politólogos respecto a los factores determinantes que producen consenso y estabilidad política. Las teorías de divisiones sociales transversales y armonía funcional fueron parte del resultado. Las elecciones destacaron como eventos interesantes, había un resurgimiento de interés hacia los estudios del voto. Comparativamente, la agitación de los sesenta y los inicios de los setenta, junto con la extrema inestabilidad en las nuevas naciones del tercer mundo, estimularon teorías de cambio político, revolución y protesta.
3. La teoría de la elección racional alcanzó prominencia en los cincuenta, a pesar de que sus exponentes contemporáneos le atribuyen una considerable, si bien incipiente, prehistoria a su tradición. El trabajo de los cincuenta en esta tradición expone paradojas asociadas con el uso de sistemas electorales a fin de agregar preferencias, un tópico adecuado a esa década (ver Arrow, 1963). Hacia la década de los sesenta, los problemas sobre “bienes colectivos” se volvieron más visibles para la mayoría de la sociedad, y el campo centra su

¹³ Esta defensa debe estar silenciada por el reconocimiento de que todas las narraciones históricas son reconstrucciones de una clase u otra. Formalmente, las reconstrucciones racionales son “interpretaciones del pasado fundadas en premisas de racionalidad”.

atención hacia los *free riders* y la lógica de abastecimiento de bienes públicos. La percepción extendida del fracaso inherente a los programas gubernamentales en los sesenta dio paso a la popularidad de teorías respecto a por qué los gobiernos deben fallar (por ejemplo, Niskanen, 1971).

4. La difusión y asimilación de modelos de desarrollo nacional e internacional dieron paso a modelos de dependencia y modelos coloniales internos en la medida en que países del tercer mundo y, en algunos casos, las periferias de las naciones desarrolladas, fracasaron en seguir los pasos previstos para el desarrollo de un núcleo industrial. Esta falla es eventualmente interpretada como un fenómeno general por las elites pertinentes y los politólogos que estudian el desarrollo. Impulsos posteriores a este cambio provienen de una advertida mala conducta de Estados Unidos en Vietnam y Latinoamérica, y de actividades cuestionables por parte de corporaciones multinacionales. El problema empírico se transforma de uno que explica por qué ocurre un camino relativamente favorable a uno de por qué persisten relaciones de dominación y explotación.

De ninguna manera deseo sugerir con estos ejemplos que el cambio externo y socialmente determinado en el contenido de problemas empíricos es un proceso uniforme y rápido. Justamente lo contrario. Uno puede esperar gran controversia sobre la definición precisa, si no es que sobre el contenido general, de estos problemas. Por ejemplo, ¿realmente el gobierno en su mayoría está fracasando? ¿Puede haber equilibrio en condiciones menores al pleno empleo en la economía de mercado? O, respecto a esa cuestión, ¿qué connotación tienen los términos “falla”, “equilibrio” y “pleno empleo” realmente? Además, los investigadores que han realizado inversiones intelectuales sustanciales en ciertas clases de problemas empíricos, sean de comportamiento electoral o desorden social, se puede esperar que ofrezcan resistencia a cualquier disminución de su importancia.

También debe ser señalado que las ciencias sociales están sujetas a la determinación social externa en sus problemas empíricos en grados variables. Uno podría esperar que la psicología psicométrica y la antropología arqueológica fueran levemente inmunes; que la psicología social, la antropología económica y social, la economía, sociología y ciencia política, fueran bastante susceptibles, y que la psicología clínica y la antropología ecológica tuvieran un lugar intermedio.

Ilusiones

¿La imposibilidad del progreso?

Si, en efecto, los problemas empíricos que enfrentan las tradiciones de investigación en la ciencia política están sujetos a fuerzas sociales externas, entonces los juicios racionales estables y definitivos como los méritos relativos de tradiciones de investigación en competencia no podrían hacerse. Porque parecería que una tradición de investigación podría ser juzgada como internamente regresiva, si nuevos problemas socialmente determinados vinieran de aquello que está quieto. Por otra parte, una tradición puede parecer internamente progresiva si tiene algo que decir sobre algunos problemas que se destacan. Para adaptar la terminología usada por Lakatos, la “franja protectora” de teorías que rodean el “núcleo duro” de un programa de investigación puede ser, en ciencia política, deshecha o inflada como resultado de las fuerzas sociales. Desde la perspectiva de que están familiarizados con las ciencias naturales, puede parecer que las ciencias sociales tienen un vasto elemento azaroso en la rivalidad de tradiciones de investigación. Pero no es azaroso como tal, sino justamente la necesaria consecuencia que se deriva de la clase de problemas empíricos que enfrenta la ciencia política.

Si el progreso global en una disciplina consiste en un conjunto de elecciones racionales estables entre tradiciones, necesitando que cada tradición defendida caiga por el borde del camino a favor de una tradición más progresiva internamente, entonces el progreso global en la ciencia política no puede ocurrir. Las fuerzas sociales pueden frustrar el progreso interno de tradiciones victoriosas, así como también sostener las fortunas de los ocupantes espurios del cajón de las tradiciones desechadas.

Ilusiones de progreso

La ilusión de progreso global en la ciencia política puede, sin embargo, originarse de tres diferentes maneras. Primero que nada, el progreso puede efectivamente ocurrir al interior de una tradición de investigación. Por ejemplo, la tradición de la elección pública ha estado luchando por tres décadas con la paradoja del voto: ¿por qué vota la gente aun cuando la probabilidad de tener impacto en el resultado de una elección es tan pequeña? Una solución convincente a este problema podría constituir un gran

paso hacia adelante,¹⁴ pero sólo en la medida en que sea interesante la pregunta de por qué la gente sale a votar. Esta pregunta podría dejar de ser interesante en una organización política como la de Australia, que tiene voto obligatorio, o en una con ninguna votación, o en una con tamaño suficientemente pequeño para que el voto de una persona tuviera un impacto claro en el resultado. El progreso interno puede dar la más fuerte impresión de ser progreso global cuando una tradición tiene la suerte suficiente de tener problemas empíricos nuevos respecto a los cuales tiene algo que decir.

En segundo lugar, puede parecer que ocurre un progreso global en la disciplina en tiempos de excepcional estabilidad social y política, o por esta razón, cuando hay agitación permanente, si dicha estabilidad o agitación permanente se convierte en estabilidad en el contenido de los problemas empíricos que la sociedad establece para la ciencia social. Pero el progreso global de esta clase prueba nuevamente ser una ilusión, como pasó con las transiciones de periodos de estabilidad social, como en los cincuenta a los periodos de agitación, como lo demuestran ampliamente los sesenta.

Tercero, la ilusión de progreso global puede ocurrir cuando una comunidad disciplinaria en ciencia política define sus problemas empíricos bajo términos de una sola ideología política dominante, otorgando así estabilidad artificial a estos problemas. Algunos críticos de la ciencia política estadounidense retratan su principal corriente disciplinaria desde este punto de vista (*cf.* Lindblom, 1982), especialmente en los tiempos en que se ignoró la presencia política de los negros en la sociedad norteamericana.

Ilusiones de degeneración

Numerosos filósofos de la ciencia natural afirman que resucitar una tradición aparentemente exhausta puede ser un proyecto que vale la pena (ver, por ejemplo, Feyereabend, 1975; Heelan, 1983:199-200; Laudan, 1977:83). Como Lakatos (1970:164) lo plantea, “los programas pueden deshacerse de los pensamientos degenerativos”. Sin embargo, son pocos los ejemplos de restablecimientos exitosos en la historia de la ciencia; el pasado nos muestra que las tradiciones en la ciencia natural típicamente sufren altibajos sólo una vez. Cada una, en palabras de T.H. Huxley, “comienza como herejía y termina como superstición”. En contraste, las tradiciones de investigación

¹⁴Moon (1975: 202-204) y Ball (1976: 170) creen que el teorema de minimax fallido o incompleto propuesto por Ferejohn y Fiorina (1974) constituye un progreso hacia esa dirección, pero este teorema ha sufrido mucho a manos de otros especialistas en elección racional.

en la ciencia política pueden degenerar o incluso morir... sólo para experimentar un renacimiento. Considérense los siguientes ejemplos.

1. Por varias décadas, los científicos sociales de Occidente estimaron al marxismo como una tradición efectivamente muerta. Parecía que el marxismo tenía problemas para salir adelante con los problemas empíricos planteados por eventos como el estalinismo, los impetus que dio la gran depresión al fascismo, la aparente flexibilidad del sistema capitalista y el surgimiento de una numerosa clase obrera. Aun así, el marxismo resurgió con renovado vigor en la ciencia social occidental de los años sesentas y setentas (ver Ball y Farr, 1984:1-3).¹⁵
2. La macroeconomía clásica desvió su atención hacia las comunidades académicas y hacedoras de política del siglo XIX en los años treinta. La desaparición de esta tradición parecía completa para la mitad de la década de los cuarenta debido a su incapacidad para explicar satisfactoriamente el desempleo masivo involuntario presente en la Gran Depresión. Así, la década de los setenta presenció un resurgimiento de las ideas macroeconómicas clásicas en las escuelas monetarista y de las expectativas racionales. Este resurgimiento tomó un giro político con Olson (1982) y, asociado a esto, se dio un crecimiento en estudios en economía política y tasas de crecimiento económico.¹⁶
3. Thomas Malthus fue ampliamente reconocido como anticuado por más de un siglo. Aun así el “Malthus con computadora” (Freeman, 1973) aparece en 1972 con la publicación de *Los límites del crecimiento* (Meadows *et al.*, 1972), seguido eventualmente por declaraciones sobre su resurrección como teórico político (Wells, 1982).¹⁷

¹⁵ Algunos pueden argumentar que el marxismo consituye más una ideología que una tradición de investigación. Sin embargo, el marxismo pose las tres características que necesita una tradición de investigación. Primero, tiene una ontología distintiva, en la cual las relaciones sociales y políticas están constituidas por modos de producción. Segundo, su metodología, si bien ecléctica, puede ser agrupada bajo el título general de “crítica” (ver ensayos de Farr, Ball y Carver, en Ball y Farr, 1984: 217-179). Tercero, que claramente posee una serie de teorías correlacionadas sobre el imperialismo, la alienación, la revolución, y así sucesivamente.

¹⁶ Clasicistas anteriores a la década de los cuarentas y de nuestros días comparten una ontología de individuos maximizadores racionales, metodología deductiva y teorías de equilibrio económico general e inflación. Los neoclásicos son todos consistentes con sus premisas macroeconómicas, a diferencia de lo que pasa con la macroeconomía keynesiana.

¹⁷ Malthus y los malthusianos de hoy comparten una ontología de recursos restringidos, una metodología de sistemas totales y teorías de catástrofe vía sobrepoblación.

4. La idea que las instituciones políticas tienen influencia autónoma en los resultados colectivos constituyó un principio organizativo importante de la ciencia política de principios del siglo xx. A mitad de siglo, esta tradición fue completamente desplazada por enfoques con un marcado individualismo metodológico que veían la fuerza política bajo la influencia de fuerzas originadas en cualquier parte de la sociedad. Las instituciones políticas llegaron a ser vistas como arenas para la consecución de intereses, su estructura reflejaba influencias sociales; y la política pasó a ser definida en términos de distribución de recursos. Sin embargo, los años setenta y ochenta presenciaron el surgimiento de un “nuevo institucionalismo” que nuevamente toma a las instituciones como variables independientes y a la acción política individual en términos de función y obligación, en vez de búsqueda de preferencias (para más detalles, ver March y Olsen, 1984).¹⁸

Sería difícil hallar paralelos en las ciencias naturales sobre tales resurgimientos de tradiciones de investigación. Permítaseme sugerir que en cada caso la resurrección ocurrió como resultado de cambios en el contenido socialmente determinado de los problemas empíricos. Con grados variables de certeza y con la soltura garantizada por la reconstrucción racional, podría afirmar que:

1. El marxismo como una tradición occidental de investigación en ciencia social tuvo un resurgimiento porque tiene mucho que decir sobre el descontento social y el conflicto industrial en el mundo desarrollado, así como sobre la aparente incapacidad del tercer mundo para “desarrollarse” fluidamente de acuerdo con los parámetros occidentales.
2. La macroeconomía clásica ganó popularidad en los años setenta porque la inflación y la estanflación replazaron al tema de la depresión como los problemas empíricos centrales de preocupación social. Los neoclásicos de nuestros días ofrecían mejores explicaciones al fenómeno de la inflación que los keynesianos. La variante de Olson a la tradición clásica es especialmente atractiva porque su introducción de las “coaliciones políticas distributivas” en el escenario podía explicar la coexistencia de inflación y desempleo involuntario a gran escala.

¹⁸ Más allá de esta ontología, tanto el viejo como el nuevo institucionalismo comparten una hostilidad metodológica a la agregación estadística y simpatizan con acercamientos interpretativos (March y Olsen, 1984: 740-742) y teorías acerca del orden político (March y Olsen, 1984: 743).

3. El retorno del “agente maligno” (Malthus) fue responsable directo de las percepciones de la sobrepoblación, escasez de recursos y deterioro ambiental que respondían a la “crisis ambiental” de los años setenta.
4. Por citar a dos prominentes “nuevos institucionalistas”:

Este resurgimiento de preocupación sobre las instituciones es una consecuencia acumulativa de la moderna transformación de instituciones sociales y el persistente comentario de sus observadores. Las instituciones sociales, políticas y económicas se han vuelto más grandes, considerablemente más complejas y hábiles, y a primera vista más importantes para la vida colectiva. La mayoría de actores principales en los sistemas económicos y políticos modernos son organizaciones formales, y las instituciones legales y burocráticas ocupan un lugar dominante la vida contemporánea (March y Olsen, 1984:734).

Realidades

La realidad del progreso

La racionalidad de cualquier elección entre tradiciones de investigación en competencia dentro de la ciencia política debe ser entonces contingente sobre un tiempo y lugar determinados, y con una serie dada de circunstancias sociopolíticas. Los problemas empíricos en el campo de las ciencias sociales son definidos externamente, socialmente mediados e históricamente situados en un sentido en el que los problemas de las ciencias naturales no lo están. La historia de la ciencia política debe, por tanto, estar ligada a la historia de la sociedad. La ciencia política es una disciplina histórica.¹⁹

Pero la elección entre tradiciones de investigación en la ciencia política no es menos racional por ser contingente. El flujo crónico en la competencia entre tradiciones de ciencia política no debe ser atribuido a la irracionalidad, a la “psicología de la masa” o cualquier supuesta inmadurez atribuida a la disciplina. En consecuencia, la ciencia política puede ser una disciplina racional. Pero no puede ser progresiva del mismo

¹⁹ Mi argumento hace aquí eco a Farr (1982). Como MacIntyre (1966:1-4) y Toulmin (1972), Farr reconoce que todos los conceptos tienen historia. Sus significados cambian con el tiempo. Incluso en la ciencia natural conceptos como *átomo* y *materia* pasan por tal mutación. Pero Farr va más allá al señalar la dependencia del cambio conceptual en las ciencias sociales o el cambio social: es por esta razón que Farr recupera a la ciencia política como una disciplina esencialmente histórica.

modo que las ciencias naturales, porque la elección definitiva y estable entre tradiciones es imposible.

Aun con todo esto, hay un sentido en que la ciencia política puede progresar, incluso cuando sólo sea con una reconceptualización de “progreso”. Enunciando la tesis en forma atrevida, la ciencia política es progresiva en la medida en que su habilidad para lidiar con contingencias en el carácter de sus problemas empíricos (escasez o abundancia, estabilidad o revolución, etc.) crece con el tiempo. Esta capacidad adaptativa se incrementa en la medida en que existe un potencial número de tradiciones de investigación. Metafóricamente, se puede decir que la ciencia política progresa lateralmente en lugar de verticalmente. El progreso vertical de la ciencia natural, es decir, una sucesión de tradiciones de investigación que se escogen y eventualmente se descartan bajo fundamentos racionales, no es la única forma de progreso que puede ocurrir.

La capacidad de lidiar con contingencias puede ser ilustrada con la suerte que ha corrido la tradición de investigación hobbesiana. La ontología hobbesiana contempla individuos egoístas, así como la absoluta y apremiante escasez material del total de los recursos relativos a las necesidades de subsistencia de poblaciones completas. El trabajo de Hobbes nunca desapareció por completo. En cambio, ha sido uno de los más prominentes filósofos de la política desde el siglo xvii. Por otra parte, es evidente un poco de progreso interno en la tradición hobbesiana en los siglos que siguieron a su muerte y en los cuales la escasez, al menos en el mundo occidental, fue mantenida bajo control por la continua expansión de fronteras en el Nuevo Mundo.

La percepción social global de la escasez absoluta reapareció súbitamente alrededor de los setenta. La respuesta inicial en algunos círculos fue una aplicación sin modificaciones del análisis de Hobbes por reconocidos teóricos hobbesianos como Hardin (1968) y Ophlus (1977). Su prescripción fue tomada en préstamo, con aceptación, directamente desde Hobbes: un soberano poderoso que prevenga una desastrosa “guerra de todos contra todos”, hoy llamada “la tragedia de todos nosotros”. Después de que apareciera el trabajo de Hardin, Ophlus y otros, se manifestaron un número considerable de anomalías. Por ejemplo, es claro que existen comunidades que viven en condiciones de escasez, que se orientan a manejar la tragedia común al mismo tiempo que conservan una fuerte descentralización en su organización política. Los problemas empíricos de este tipo se han visto acompañados por un flujo de trabajo que hace énfasis en la posibilidad de la cooperación condicional en las elecciones racionales y egoístas de los individuos (ver, por ejemplo, Taylor, 1976; Axelrod, 1984). Tales trabajos han mostrado que acuerdos políticos distintos de la centralización extrema pueden lidiar con la escasez absoluta. Esta clase de trabajo posterior es claramente un avance al análisis hecho por Hobbes, en un modo en que el trabajo de Hardin y Ophlus no lo es. Aun el éxito en los estudios de cooperación condicional

fueron posibles por la existencia de la tradición hobbesiana, la cual pudo ser llamada así en la medida en que el contenido de los problemas empíricos giró en una dirección que hizo relevante a la tradición.²⁰

Un ejemplo similar respecto a la habilidad de lidiar con las contingencias puede ser hallada en la historia de la macroeconomía clásica, de la que ya he hablado anteriormente. Después del descrédito general de los clásicos a raíz de la Gran Depresión, la flama de la tradición sólo se mantuvo viva dentro de las paredes de la Universidad de Chicago y en algunos otros lugares aislados. La inflación de los años setenta produjo problemas empíricos que podían ser explicados por esta tradición, y su fuego se esparció rápidamente en toda la academia y en el gobierno. De nuevo, las aplicaciones iniciales de los años setenta, en este caso, el monetarismo y las expectativas racionales, no constituían mejoras al clasicismo anterior a los cuarenta, porque ambas compartían la incapacidad para explicar el empleo involuntario a gran escala. Olson (1982) rinde homenaje a la tradición clásica y construye un claro avance en relación con ella, ya que su teoría puede explicar el empleo involuntario y su coexistencia anómala con la inflación. Olson vincula la estanflación al poder político en sociedades estables de coaliciones distributivas, tales como monopolios y sindicatos. Su concurrente extensión de la tradición de investigación hacia áreas con problemas empíricos tradicionalmente de mayor importancia para los politólogos que para los economistas, como restricciones sociales y políticas, y las de determinantes de políticas públicas, es amplia evidencia de un renovado carácter progresivo.

La necesidad de tolerancia

La lección general de los dos ejemplos anteriores es que una tradición de investigación aparentemente exhausta puede, eventualmente, exhibir renovada capacidad de

²⁰ Como pasa en todos los clásicos, Hobbes y su relación con diferentes tradiciones puede ser interpretada de múltiples maneras. Una primera lectura podría situar a Hobbes y los suyos como miembros de la más amplia tradición de investigación microeconómica/racional. Sin embargo, la tradición posterior reconoce sólo la escasez de ciertos recursos en relación con las necesidades humanas individuales, en lugar del total de los recursos relativos a las necesidades de la población. También es necesario hacer una distinción entre el propio trabajo de Hobbes y la tradición que lleva su nombre. Hobbes puede ser ubicado en la tradición de la ley natural, y la desconfianza, la alabanza, así como la escasez contribuyen a su *bellum omnium contra omnes*. Tal vez la defensa más fuerte a mi punto en la escasez material aquí es que hobbesianos contemporáneos reconocidos se suscriben a una lectura similar, y muchos comentaristas remiten a una coherente tradición hobbesiana de este tipo.

resolver problemas. De aquí que las tradiciones de investigación no deban ser enteradas prematuramente. Por lo menos, las tradiciones que han mostrado éxito en el pasado ameritan que los especialistas las tengan en consideración. La tenacidad que muestran los que se adscriben a una tradición de investigación es generalmente recomendable.

Por otra parte (contra Lakatos, 1970), demasiada tenacidad podría llevar a una discriminación irracional tanto hacia el resurgimiento de viejas tradiciones como al comienzo de nuevas. Aquellos que ven un único enfoque como legítimo, sea la elección pública, la persuasión conductista o el marxismo, son justamente los peores transgresores. Debería ser buscada una opción intermedia entre seguir una tradición servilmente y desecharla para siempre. Si los especialistas siguen dando fuerza a tradiciones pasadas de moda a la luz de problemas empíricos cambiantes, entonces quizá necesitemos que vengan a rescatarnos personas como el senador William Proxmire. Cualquier profesional que recibe o gasta fondos públicos es digno recipiente de vellocinos dorados, que lo podrían presionar a lanzar sus ojos en nuevas direcciones.

Haciendo una mala interpretación de Kuhn (1962), algunos politólogos llegaron a creer que se requiere de la imposición de una sola tradición de investigación (“paradigma”) para el progreso global de una disciplina. En contraste, las demandas de racionalidad y una conceptualización del progreso en términos de capacidad para lidiar con contingencias requiere de una tolerancia hacia la diversidad, no su supresión.

Conclusión

La definición de problemas en la ciencia política no puede asegurarnos autonomía respecto a las fuerzas sociales externas. De aquí que la disciplina nunca puede exhibir progreso “vertical” de la manera en que nos resulta familiar en las ciencias naturales. Sus panoramas a este respecto pueden ser tan “pobres” como los de las llamadas disciplinas “más blandas”, como la historia del arte o la crítica literaria. Con todo, la ciencia política todavía puede ser racional, aun si esa racionalidad es delimitada por el contexto. Y la ciencia política puede progresar en formas que no requieran justificación, ya que con el progreso lateral viene una creciente capacidad para responder preguntas en las que tengamos o podamos tener interés. Por una parte, la historia de la ciencia política no necesita ser ni una historia de influencia ideológica en la teoría ni una historia de montones acumulados de verdades científicas. Pero una reconstrucción completa de la historia de la ciencia política como una disciplina racional, históricamente fundada, y (lateralmente) progresiva aún queda por ser escrita.

Bibliografía

- Agre, Gene P. (1982), "The Concept of Problem". *Educational Studies*, 13:121-142.
- Almond, Gabriel A. (1966), "Political Theory and Political Science", *American Political Science Review*, 60:689-879.
- Axelrod, Robert M. (1984), *The Evolution of Cooperation*, Nueva York; Basic Books.
- Ball, Terence (1976), "From Paradigms to Research Programs: Toward a Post-Kuhnian Political Science", *American Journal of Political Science*, 20:151-177.
- _____ (1983), "Contradiction and Critique in Political Theory", en John S. Nelson (ed.), *What Should Political Theory Be Now?*, Albany, State University of New York Press.
- Ball, Terence y James Farr (eds.) (1984), *After Marx*, Nueva York, Cambridge University Press.
- Bernstein, Richard J. (1983), *Beyond Objectivism and Relativism: Science, Hermeneutics, and Praxis*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press.
- Bueno de Mesquita, Bruce (1984), "A critique of 'A critique of the War Trap' ", *Journal of Conflict Resolution*, 28:341-360.
- Diesing, Paul (1983), "Ideology and Objectivity", en Robert S. Cohen y Marx W. Wartofsky (eds.), *Boston Studies in the Philosophy of Science 71: Epistemology, Methodology, and the Social Sciences*, Boston, Reidel.
- Farr, James (1982), "Historical Concepts in Political Science: The Case of 'Revolution' ", *American Journal of Political Science*, 26:688-708.
- Ferejohn, John A. y Morris P. Fiorina (1974), "The Paradox of Not Voting: A Decision Theoretic Analysis", *American Political Science Review*, 68:525-536.
- Feyerabend, Paul K. (1970), "Consolations for the Specialist", en Imre Lakatos y Alan Musgrave (eds.), *Criticism and the Growth of Knowledge*, Cambridge, Cambridge University Press.
- _____ (1975), *Against Method*, Londres, NLB.
- Freeman, Christopher (1973), "Malthus with a Computer", en H.S.D. Cole (ed.), *Models of Doom: A Critique of the Limits to Growth*, Nueva York, Universe.
- Goodin, Robert y John Dryzek (1980), "Rational Participation: The Politics of Relative Power". *British Journal of Political Science*, 10:273-292.
- Grünbaum, Adolf. 1976. "Can a Theory Answer More Questions than One of its Rivals?", *British Journal for the Philosophy of Science*, 27:1-23.
- Hardin, Garret (1968), "The Tragedy of Commons", *Science*, 162:1243-1248.
- Heelan, Patrick (1983), "Natural Science as Hermeneutic of Instrumentation", *Philosophy of Science*, 50:181-204.

- Keynes, John M. (1936), *The General Theory of Employment, Interest, and Money*, Londres, Macmillan.
- Koertge, Noretta (1976), "Rational Reconstructions", en R.S. Cohen, P.K. Feyerabend y M. W. Wartofsky (eds.), *Boston Studies in the Philosophy of Science 34: Essays in Memory of Imre Lakatos*, Boston, Reidel.
- Kuhn, Thomas S. (1962), *The Structure of Scientific Revolutions*, Chicago, University of Chicago Press.
- _____ (1970), "Reflections on My Critics", en *Criticism and the Growth of Knowledge* (ver Feyerabend, 1970).
- Lakatos, Imre (1970), "Falsification and the Methodology of Scientific Research Programmes", en *Criticism and the Growth of Knowledge* (ver Feyerabend, 1970).
- _____ (1971), "History of Science and its Rational Reconstruction", en Roger G. Buck y Robert S. Cohen (eds.), *Boston Studies in the Philosophy of Science 8: In Memory of Rudolf Carnap*, Boston, Reidel.
- Laudan, Larry (1977), *Progress and its Problems: Towards a Theory of Scientific Growth*, Berkeley, University of California Press.
- Lindblom, Charles E. (1982), "Another State of Mind", *American Political Science Review*, 76:9-21.
- MacIntyre, Alasdair (1966), *A Short Story Of Ethics*, Nueva York, Macmillan.
- _____ (1973), "Ideology, Social Science, and Revolution", *Comparative Politics*, 5:321-342.
- March, James G. y Johan P. Olsen (1984), "The New Institutionalism: Organizational Factors in Political Life", *American Political Science Review*, 78:734-749.
- Meadows, Donella H. et al. (1972), *The Limits to Growth*, Nueva York, Universe Books.
- Moon, J. Donald (1975), "The Logic of Political Inquiry: A Synthesis of Opposed Perspectives", en Fred I. Greenstein y Nelson W. Polsby (eds.), *Handbook of Political Science*, vol. 1, Reading, Addison-Wesley.
- Niskanen, William A., Jr. (1971), *Bureaucracy and Representative Government*, Chicago, Aldine Atherton.
- Olson, Mancur (1982), *The Rise and Decline of Nations: Economic Growth, Stagflation, and Social Rigidities*, New Haven, Yale University Press.
- Ophlus, William (1977), *Ecology and the Politics of Scarcity*, San Francisco, W. H. Freeman.
- Patten, Bernard C. y Eugene P. Odum (1981), "The Cybernetic Nature of Ecosystems", *American Naturalist*, 118:886-895.
- Polanyi, Karl (1944), *The Great Transformation*, Boston, Beacon.
- Popper, Karl R. (1959), *The Logic of Scientific Discovery*, Londres, Hutchinson.

- _____ (1970), "Normal Science and its Dangers", en *Criticism and the Growth of Knowledge*, (ver Feyerabend, 1970).
- _____ (1972), *Objective Knowledge: An Evolutionary Approach*, Oxford, Clarendon.
- Riker, William H. (1982), "The Two-Party System and Duverger's Law: An Essay on the History of Political Science", *American Political Science Review*, 76:753-766.
- Schneider, Janet A., Nancy J. Stevens y Louis G. Tornatzky (1982), "Policy Research and Analysis: An Empirical Profile, 1975-1980", *Policy Sciences*, 15:99-114.
- Taylor, Michael (1976), *Anarchy and Cooperation*, Nueva York, Wiley.
- Toulmin, Stephen (1972), *Human Understanding: the Collective Use and Evolution of Concepts*, Princeton, Princeton University Press.
- Wells, David (1982), "Resurrecting the Dismal Person: Malthus, Ecology and Political Thought", *Political Studies*, 30:1-15.